



mas expresiones de *horno de fuego*, y *resplandor como del sol*, usa Jesucristo hablando del castigo y del premio de la otra vida, contraponiendo el uno al otro.

Jacob desea ser enterrado y *dormir con sus padres*. La muerte no se puede mirar como un sueño, sino en cuanto se espera despertar. Este santo patriarca da sus órdenes á consecuencia de esto á sus hijos, diciendo: *voy á reunirme con mi pueblo; enterradme con mis padres*. Distingue aquí Jacob dos cosas, á saber: su reunion con su pueblo, y su entierro. Manda que este se haga donde están las cenizas de sus padres, y lo han de hacer sus hijos. Mas otra cosa la hará él mismo: *ego congregor*, me reuno, voy á juntarme y á formar sociedad con *mi pueblo*. Distingue por consiguiente en sí una parte, la cual es propiamente *él, ego congregor*, y otra que quedará en poder de sus hijos, sobre la cual les da sus órdenes, *sepeliteme*, y esta es su cuerpo; el cual, habiendo de perder la vida, quedará sin poderse mover. Y ¿cual será la primera, que de suyo y sin la intervencion de sus hijos va reunirse con otros, sino el alma, la cual no ha de perder la vida, antes bien conservará su energía y vigor? Usa además de dos distintas palabras para ambas partes de sí mismo. De la que es propiamente *él*, dice que por sí sin accion de otro se ha de reunir, *ego congregor, con su pueblo*; lo cual verificado encarga á sus hijos el cuidado de la otra, para que le entierren *con sus padres*. El lugar donde estos y su pueblo estaban reunidos, no era uno mismo, por lo que hace á sus cuerpos; y sin embargo, con unos y con otros ha de ser reunido: *con sus padres*, segun el cuerpo; *con su pueblo*, segun el espíritu. Luego este habia de sobrevivir á su separacion del cuerpo.

El mismo Patriarca, cuando le dieron á entender que José, su hijo, habia sido devorado de una bestia, no admitiendo ningun consuelo, exclamaba: *bajaré á mi hijo en el infierno (scholáh)*. Voltaire quiere que la palabra *scholáh* significa exclusivamente el sepulcro; pero además de que los hebreos tienen para expresar exclusivamente el sepulcro la palabra *heber*, y que de la palabra *scholáh* jamás han usado ha-

blando de las bestias, sino solamente con respeto á los hombres, ¿dónde cabe el figurarse que Jacob pudiese esperar bajar al sepulcro á juntar sus cenizas con las de su hijo, cuando estaba en la persuasion de que á este lo habia devorado una bestia? ¿Acaso pretenderia entregarse á las fauces de ella por un acto de desesperacion, y precisamente á las de aquella que habia destrozado y tragádose á su hijo? Otro, pues, que el sepulcro seria el lugar en donde pensaba reunirse con su querido José, lugar *inferior*, lugar *abierto* para recibir á muchos (como lo significa la palabra hebrea), el seno de Abraham, su abuelo.

Finalmente, las bendiciones de Jacob á sus hijos contienen una nueva prueba de la otra vida, la cual Voltaire no creia hallarse indicada en los libros de Moisés. Este santo Patriarca profetiza á Dan, que tendria con el tiempo, como las otras tribus, la gloria de dar á su pueblo un juez y un salvador temporal, el cual parece haber sido Samson; é interrumpiendo repentinamente el curso y continuacion de sus bendiciones, trasportada su alma, exclama: *mas yo, Señor, esperaré tu salud*. ¿Cuál es el verdadero sentido de estas palabras? ¿Qué salud, cuándo y para qué fin la habia de esperar un hombre que iba á morir en aquel instante? Para evitar toda sospecha de parcialidad y preocupacion, lo dirá por nosotros un judío, que vivió antes del gran día del cristianismo, el parafrastes caldeo. «Yo espero tu salud,» señor, exclama nuestro padre Jacob: es decir, «no espero la salud de Gedeon, hijo de Joás,» la cual no es más que una salud temporal; ni «espero la salud de Samson, hijo de Manué,» que es pasajera: espero sí la redencion del «Mesías, hijo de David, el cual vendrá para «llamar á sí á los hijos de Israel; la redencion «de Israel es la que espera mi alma.» No espera Jacob para sí salvadores temporales, que no podrán servirle despues de muerto; mas espera una salud incomparablemente mejor y más preciosa, y la espera *para sí*. Luego indudablemente se mira á sí mismo como existente en el tiempo de la venida del gran Salvador Jesucristo, aunque todavía muy distante; y por consiguiente, creia que en los tiempos de



esta venida tan deseada existiria su alma para aprovecharse de los frutos de aquella venida y de la salud que con ella habia de ser obrada.

De Job, que decia: *aunque me mate Dios, en él esperaré*; y que lleno de fe no dudaba exclamar: *¿quién me diera que en el sepulcro me protegiesen, y allí me escondieses, hasta que pasara tu furor, consignándome un tiempo para acordarte de mí?* De Job, repetimos, no tuvo reparo Voltaire en decir que no hacia mencion de la inmortalidad. Sin embargo, en el libro de Job, que reconoce este impío por muy antiguo en el cánón de los judíos, causándole el mayor embarazo su misma antigüedad, no podia ménos de haber leído estas tan notables palabras: *¿quién me diera que mis palabras se escribiesen en un libro con el estilo de hierro y en láminas de plomo?... Porque sé que mi Redentor vive, y que en el día postrero resucitaré de la tierra, y otra vez me cubrirá mi piel, y en mi carne verá á mi Dios: yo mismo le verá, y mis ojos le mirarán, y no otro por mí. Esta esperanza reposa en mi seno*. El Hebreo: *en deliquio quedaron mis riñones*; palabras admirablemente expresivas del grande objeto que ocupaba su alma. Job desea que sus palabras formen un monumento auténtico y eterno de su fe en el Redentor, de la inmortalidad de su alma, de la futura resurreccion de su cuerpo. Escribe de antemano, digámoslo así, su epitafio, queriendo que los siglos venideros reciban este testimonio de sus últimos sentimientos.

Estas palabras habíalas leído Voltaire: mas ¿qué respuesta pensais que dió? Que Job al escribirlas ni siquiera imaginaba la resurreccion de la carne ó la inmortalidad, sino que con ellas quiso significar su esperanza de levantarse un día de aquel estiercol y sanar de su lepra. ¿Hay hombre de buen sentido que no se incomode é irrite al oír un subterfugio tan insulso?... Y ¿cómo podrá servirse de él el crítico con respecto á estas otras palabras: *¿Crees que muerto el hombre ha de volver á la vida? Desde que estoy militando en el mundo, mi esperanza es la inmutacion de mi mismo, la cual espero. Tú me llamarás, Señor, y yo te responderé: á la obra de tus manos alargarás tu diestra*. Segun el Hebreo: *la obra de tus manos co-*

diciarás. ¡Por cierto seria un objeto digno de las codicias ó deseos de Dios un cuerpo que, reducido á cenizas y asquerosidad, no hubiera de levantarse un día á inmortal vida con el alma! Y ¿á qué fin le habia de alargar su diestra, es decir, obrar con él un prodigio de su omnipotencia? ¡Qué! ¿Voltaire ha leído esta profesion de fe del Santo Job, y todavía sigue publicando que ni Job ni los judíos que le tenian en su cánón, creian la inmortalidad antes de cautiverio de Babilonia?

Salomon, anterior tambien á este cautiverio, nos asegura en los Proverbios, XIV, 32, que *el justo espera en su muerte*. Pero ¡qué esperanza tan ilusoria si muere para siempre y si todo el hombre perece con la vida de su cuerpo!

Aparecióse Dios á Moisés en una zarza que ardia sin consumirse: manifestóle un nombre suyo peculiar, que pudiese distinguirlo de los falsos dioses que adoraban los demás pueblos: *Yo soy el que soy*; significando con esto su eternidad, su inmutabilidad, su independencía y un sér que *es por sí mismo* (que esto es lo que significa el gran nombre de Dios, *Jehováh*) lo cual á ningun otro ser puede aplicarse. Mas á este nombre tan suyo añade otro, á saber, *el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*, que habian muerto siglos antes. Sobre lo cual hacia Jesucristo, sin que pudieran contestarle los judíos, esta reflexion: *Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos*. Y por cierto que no tiene réplica este raciocinio. *El Sér por sí mismo* es el Dios de aquellos santos Patriarcas, el que tiene hecha alianza con ellos, el Dios su protector. En consideracion de estos varones tan amados suyos, va á libertar á sus descendientes del yugo de Egipto. Si tantos siglos despues de su muerte los está amando, ¿podemos figurarnos que no existen y que dejaron de ser enteramente cuando pereció su cuerpo?

Asimismo Moisés prohibió á los hebreos hacer extrañas muestras de sentimiento y de luto por la muerte de sus parientes, por *ser ellos consagrados al Señor y pueblo suyo peculiar*. Los hijos de los hombres, dice un filósofo cristiano, son mortales como sus padres; los hijos de Dios participan de su naturaleza divina y



son inmortales como él; y así no debemos abandonarnos al dolor cuando los perdemos, puesto que no se acaba todo para ellos en esta corta vida; mas esperan su todo en otra vida inmortal. A esto sin duda hacia alusion Balaam cuando deseaba morir la muerte de los justos, y que su fin fuese semejante al de ellos. Pero ¿qué diferencia habria entre la muerte de los justos y la de los pecadores, si acabándose todo con la vida nada hubiera que esperar despues de la muerte?

Dice además en su cántico Moisés, hablando en nombre del Señor: *He encendido el fuego en mi furor y arderá hasta el infierno* (schold), *mas bajo y profundo; devorará la tierra con todas sus plantas, y abrasará hasta los cimientos de los montes.* Y ¿á qué aluden estas palabras sino á los castigos eternos? Para castigar á un pueblo ingrato y rebelde, ¿qué fuego y qué infierno es el que aquí significa? Por cierto que no tendrían sentido alguno estas palabras, si Moisés solamente hablase de un sepulcro ó fosa de tres ó cuatro piés de profundidad.

Quando despues de la muerte de Aaron dijo Dios á Moisés: *Subirás al monte Nebo, y allí serás reunido á tus pueblos, así como tu hermano Aaron murió en el monte Hor y fué agregado á sus pueblos; porque habeis prevaricado contra mí en medio de los hijos de Israel;* no pueden estas palabras entenderse, si la reunion á sus pueblos, esto es, á sus mayores, debe aplicarse al cuerpo, puesto que de los sepulcros donde estos reposaban se hallaban muy distantes los montes de Nebo y Hor, donde murieron los dos santos hermanos. Por consiguiente, con este modo de hablar se expresa con la mayor evidencia la esperanza de una otra vida y de un lugar donde habia de verificarse su reunion con los antiguos Patriarcas y con sus santos ascendientes; de la cual esperanza estaba lleno el Santo David, cuando del hijo que habia tenido de Bethsabé, decia que era en vano llorar su muerte, y yo añado, *iré más bien á él, pero él no volverá á mí.* Otra prueba no ménos decisiva de que los hebreos creían la inmortalidad del alma y su existencia despues de la muerte del cuerpo, es la persuasion en que estaban de que los muertos resucitan, que se apa-

recen algunas veces y que podían consultarlo sobre las cosas venideras. La Sagrada Historia nos habla de los muertos resucitados por Elías y Eliseo, y aun por las reliquias de este. Ana, la madre de Samuel, cuenta entre las obras del poder sobrenatural de Dios, el llevar al sepulcro y hacer volver de él: *deducit ad inferos et reducit*, como leemos en su cántico. En el Deuteronomio, XVIII, 10, 11, habla Dios á los Israelitas así: *Y no se vea en tu país... quien intente averiguar la verdad por medio de los difuntos.* Prueba muy clara de que creían la existencia de las almas despues de haber salido de los cuerpos, pues fué necesario establecer una ley que les prohibiese consultarlos.

Sobre los documentos que hemos citado ya posteriores á Moisés acerca de este punto, podemos presentar todavía muchísimos donde se ve muy clara la creencia de los hebreos sobre la inmortalidad del alma y sobre los premios y castigos de la otra vida.

Admirado David de la prosperidad de los impíos, no obstante su insolencia y maldades, se sintió tentado de desesperar de las recompensas de la virtud y de mirar como necios á los justos. *Quise entender esto*, añade, *é investigar este misterio, y fuéme gran trabajo hasta que entré en el santuario de Dios* (en sus secretos) *y consideré el fin de los inicuos.* Esta tentacion no podría desvanecerse, si el fin posterior de justos y pecadores no fuese otro que la muerte.

El mismo David, en el salmo XV, se expresa así: *Mi carne reposará en la esperanza, de que no dejareis mi alma en el infierno* (schol), *ni permitireis que vuestro siervo vea la corrupcion.*

El Hebreo: *la fosa.* Tenemos aquí dos diferentes lugares, el uno para el alma, *schol*, y el otro para el cuerpo, *schájat*.

Salomon, en el *Eclesiastés*, expresa en un principio las opiniones y sentimientos de un epicúreo, el cual juzga que todo tiene su termino en el sepulcro, siendo uno mismo el destino de los buenos y de los malos: *¿Quién sabe si el espíritu del hombre subirá á lo alto, y si el de los jumentos irá á lo bajo? Del mismo modo mueren aquel y estos, y les es comun una misma condicion: carecen de recompensa, y su*



memoria cae en el olvido; así pues, gocemos de lo presente, etc. Mas hé aquí cómo se refuta este impío modo de hablar en varios lugares de este libro: *No digas que no hay providencia, no sea que Dios, irritado por ello, confunda tus designios. Teme á Dios. Porque los malos no reciben al momento su merecido; los hijos de los hombres obran el mal sin ningun temor. Sin embargo, pues el impío pecó muchas veces sin ser castigado, estoy cierto de que á su tiempo prosperarán los que temen al Señor... Regocijate en buen hora y diviértete en los dias de tu juventud; mas sábetete que Dios te tomará cuenta de todo ello.... Acuérdate de tu Criador en este tiempo de ahora, antes que llegue el momento en que el polvo volverá á la tierra de que fué formado, y el espíritu á Dios que le crió... Teme á Dios y guarda sus mandamientos; pues en esto consiste el verdadero ser del hombre. Dios entrará con él en juicio sobre todo el bien ó mal que hubiere hecho.* A Salomon no se le escapó como por sorpresa esta importante verdad, sino que repite ahora lo que con muy formales palabras habia dicho antes en el mismo libro: *Yo he visto aún debajo del sol que la impiedad ocupaba el lugar del juicio, y la iniquidad el de la justicia. Dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al injusto, y entonces vendrá y será el tiempo de todas las cosas. Segun sus obras tratará Dios á cada cual.* En vista de esto, ¿cómo los epicúreos de nuestros dias tienen la impudencia de asegurar que Salomón pensaba como ellos? ¿Así se atreven á alucinar á los sencillos y á los incrédulos que sin reflexion admiten cuanto su impia pluma quiere sugerirles?

Aunque los sábios no están acordes sobre el autor del *Libro de la Sabiduría*, ni convienen en que sea Salomon, se le ha mirado siempre como un resumen de sus sentimientos y una coleccion de sus importantes máximas. Por lo ménos es cien años anterior á los libros de los Macabeos, pues lo es también al del *Eclesiástico*. Hé aquí, pues, cómo habla el sagrado autor de aquel libro: *Las almas de los justos en las manos de Dios están; no los tocará el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos han aparecido como muertos; tu salida de este*

mundo ha pasado como lo sumo de la aficcion, y como ruina consumada, su separacion de nosotros. Sin embargo, ellos están en la posesion de la paz y llenos de la esperanza de la inmortalidad: juzgarán á los pueblos, y con ellos reinará el Señor para siempre. Aquí tenemos claramente expresadas la bienaventurada inmortalidad y la gloriosa resurreccion de los justos. No lo está ménos luego el castigo de los malos en la otra vida. *Se levantarán entonces los justos con gran firmeza contra sus opresores... y al verlos estos se llenarán de turbacion y de un horrible temor, considerando cuán contra lo que pensaban, poseen aquellos la salud y la libertad; y gimiendo y llorando dirán: estos son á quienes en otro tiempo cargamos de burlas é improperios; parecíanos locura su modo de vivir y su fin tentamoslo por deshonroso; vedlos contados entre los hijos de Dios, y su suerte entre los santos. ¡Necios de nosotros! no hemos hecho más que extraviarnos del camino de la verdad... ¿De qué nos ha servido nuestro orgullo? ¿de qué la vana ostentacion de nuestras riquezas? Todo pasó como sombra. Así hablarán los pecadores en el infierno, etc.* Suponiendo que estos textos no son de un libro de Salomon, sino del que recogiendo las máximas de este rey compuso el de la *Sabiduría*, vemos de todos modos expresada con la mayor claridad y viveza la felicidad de los justos y la desesperacion de los pecadores en la otra vida por un autor que precedió á lo ménos cien años al de los libros de los Macabeos. Tenemos por consiguiente desmentida y confundida una de las aserciones de Voltaire, á saber, que «en el sagrado libro de los Macabeos es donde por primera vez se halla una clara nocion de la vida eterna y de la resurreccion.»

Queriendo Elías resucitar un niño, dijo á Dios: *haced que el alma* (nephesch) *de este niño entre de nuevo en él;* y añade la sagrada Historia que el alma del niño volvió á él, y resucitó. Esta prueba de la existencia del alma despues de la muerte del cuerpo, ha querido debilitarla Mr. Le-Clerc, diciendo que la palabra hebrea significa, no solamente *el alma*, sino también *la vida y la respiracion;* y tomada en estos dos últimos sentidos, las palabras del



texto sólo indicarán que al niño le volvió la vida y la respiración, mas no el alma. No negamos las varias significaciones de dicha palabra, y podríamos añadir aún, que por catacrexis significa también *un cadáver, un cuerpo exánime*. Mas ¿quién ignora que cuando una expresión es ambigua, su sentido debe fijarse por el contexto mismo donde se halla? ¿Qué sentido ofrecería aquí si tradujésemos: *la vida ó la respiración de este niño volvió á entrar en él, y recobró la vida, resucitó*? Todo esto es irregular y absurdo, al paso que se ve la naturalidad y la verdad diciendo: *el alma volvió al niño, y recobró la vida, resucitó*. Hay más: Mr. Le-Clerc se vió precisado á reconocer que este es el verdadero sentido de esta palabra, pues sobre las del Evangelio: *su alma volvió á entrar en ella*, se explica así: «Esto indica dos cosas: una, que ésta niña estaba verdaderamente muerta; y la segunda, que el alma existe por sí después de haber salido del cuerpo.» Finalmente, la historia de la evocación de Samuel por la pythonisa de Endor, á instancias de Saul, obligó también á Le-Clerc á reconocer que los hebreos han creído siempre la inmortalidad del alma, aunque en varias de sus obras han dicho lo contrario.

El profeta Isaías nos asegura que los justos después de su muerte reposan en el lugar de su sueño y de su descanso, separados de la vista de lo malo, porque han procedido con rectitud. Así habla en los primeros versículos del cap. LVII. Ya antes, en el cap. XIV, nos había representado *la conturbación del infierno* (schol) al llegar allá el rey de Babilonia, y como le echaban en cara su orgullo: *A esta novedad, dice, el infierno se conturbó, y levantó contra ti los gigantes. Todos los príncipes de la tierra y de las naciones se levantaron de sus tronos. Todos te hablaron y dijeron: fuiste también herido como uno de nosotros; y como la nuestra, ha sido también tu suerte: á los infernos ha sido conducida tu soberbia, y vestido tuyo hicieron los gusanos. ¿Cómo caíste del cielo, astro luminoso que salías por la mañana? Caíste contra el suelo tú que lastimabas las gentes y decías en tu corazón: subiré al cielo, levantaré mi trono sobre los astros de Dios,*

seré semejante al Altísimo. Sin embargo, hété hundido en el infierno, en lo profundo del lago.

¡Figura noble y sublime! pero los hebreos fueran incapaces de entenderla, si del infierno (schol) no hubieran tenido la idea de un lugar destinado á los gigantes (rephaim), célebres por su fuerza y por sus crímenes, y á los reyes impíos, y á los orgullosos tiranos de las naciones.

Después de tantos testimonios tomados de los libros de Moisés y demás escritores sagrados, ¿cómo Voltaire y otros filósofos modernos se atreven á repetir, siguiendo á Morgan y Bolingbroke, que antes del cautiverio de Babilonia no creían los judíos la inmortalidad del alma, el juicio venidero, ni la otra vida? Cuando Daniel y sus compañeros, al principio del cautiverio se exponían á la muerte por su religión, como lo hicieron luego los Macabeos, ¿habían tomado de los dogmas de los caldeos este esfuerzo y valor? Daniel declara que de la inmensa multitud de muertos que *duermen en el polvo, unos resucitarán para la vida eterna, y otros para un oprobio eterno* (XII, 2). ¿Aprendió estas verdades de una gente idólatra, cuya ceguera y supersticiones tenían lastimada y compadecida su alma, esto es, los caldeos?

No por esto dejamos de conceder á Voltaire que estos dogmas «eran conocidos y adoptados por los persas, babilonios, caldeos, siros, cretenses, fenicios y árabes, y que estaban admitidos en la Grecia, en las Islas y en el Egipto;» pero defendemos con resolución que es muy falso lo que añade este incrédulo, á saber: «que solos los judíos parecían ignorar estos misterios.» Y en efecto; aun sin contar las multiplicadas pruebas que acabamos de ofrecer, ¿cómo era posible que la familia de Abraham, originaria de la Caldea, que había vivido en la Siria y multiplicádose en Egipto por tantos años, y que tiempos antes había sido vecina de los árabes, y pasado á la Palestina, que forma parte de la Siria, ignorase absolutamente el dogma favorito de sus padres y el que conocían y profesaban las dos naciones con quienes sucesivamente se había hallado mezclada? ¿Qué es lo que á esto responde nuestro crítico? ¿Qué? «Los judíos, dice, jamás han sa-



»bido palabra de la teología egipcia.» Y ¿querá persuadirnoslo así de Moisés, cuyas funciones y escritos dan testimonio á sus vastísimos conocimientos? ¿de Moisés, que había sido instruido en todas las ciencias que en Egipto se cultivaban? Por otra parte, el dogma de la inmortalidad del alma, ¿era acaso alguno de los puntos de la teología misteriosa que se escondía en la oscuridad y sigilo de los templos? No, dice él mismo, sino que era un dogma público; mas «los judíos no habían visto sino algunas ceremonias en el bajo Egipto Oriental.» Pero entre estas ceremonias, ni estaban ocultos, ni eran difíciles de ver los embalsamamientos, los sepulcros, los túmulos levantados con exquisito gusto. «Mas los judíos, añade, no eran sino unos ladrones árabes.» ¡Tal es su insolencia! Pero habíasele olvidado que en 1765 había dicho que «los árabes creían la inmortalidad del alma, una vida futura, los premios y los castigos. En efecto: ya hemos mostrado que esta doctrina se halla en el libro de Job, «cuya historia, según Voltaire, fué escrita por un árabe en la remota antigüedad.»

Preguntaremos por fin á Voltaire ¿en qué se funda para decir que los persas, babilonios y los demás pueblos antiguos, creyeron estos dogmas? ¿Es en el cuidado de los difuntos, de sus enterramientos, de sus sepulcros? Otro tanto vemos entre los hebreos. Célebres son los sepulcros de Abraham, Jacob, David, etc., reconocidos aún en los tiempos de Jesucristo. ¿Es en que los antiguos miraban la vida como un viaje, sus casas como moradas del momento, y sus sepulcros como mansiones eternas, según la expresión de los egipcios? También los Patriarcas se daban á sí mismos los nombres de *viajeros y advenedizos* en la tierra. «Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años, breves y trabajosos, que no llegan á los de mis padres (decía Jacob al rey de Egipto).» «Declarándose, pues, por extranjeros y viajeros sobre la tierra (dice con este motivo San Pablo), daban á entender estos santos hombres que no se hallaban en su patria, sino que iban en busca de ella. Si por esta patria hubieran entendido el país donde antes vivieron, fuérase fácil volver á él; pero era otra

»distinta patria, la patria celestial, que Dios les había preparado.» ¿Fúndase Voltaire en el generoso desprecio de la muerte, ó en el valor con que la arrostraban aquellos pueblos por la esperanza de mejor vida? Pero esto mismo era lo que alentaba á los profetas en medio de las persecuciones y tormentos y de las varias maneras de muerte con que eran sacrificados. ¿Qué otro motivo animaba á los patriarcas errantes sobre la tierra, sin habitación ni morada fija, sino el *mirar á la recompensa que esperaban, y á aquella ciudad cuyo arquitecto y fundador es Dios*, como lo dice San Pablo?

III

SOBRE EL VERS. 14 DEL CAP. IV

14 *Ecce ejicis me hodie a facie terra, et a facie tua abscondar, et ero vagus et profugus in terra: omnis igitur qui in venerit me, occidet me.*

14 Hé aquí me echas hoy de la haz de la tierra, y me esconderé de tu presencia, y seré vagamundo y fugitivo en la tierra: por lo que todo el que me hallare, me matará.

Bayle y los que le han copiado, pretenden que en las palabras de este versículo se contiene un decreto de destierro contra Cain. «Este modo de hablar, dice Bayle, supone que había habitantes por toda la tierra; pues un hombre, el cual creyera que el humano linaje estaba reducido todo á la familia de Adam, para evitar que le matasen no tenía medio mejor que irse lejos de ella. Mas hé aquí, por el contrario, que Cain, según parece, no teme que le maten manteniéndose junto á esta familia, al paso que lo recela si le obligan á ir vago y fugitivo por la tierra.»

Esta dificultad se halla presentada con toda su fuerza, y aunque añade Bayle que *no es de gran momento*, no dejamos de notar que quiere se la mire como una demostración. Acostumbra él presentar como insolubles las objeciones más débiles, y aparentar cierta especie de desden respecto á las que en su concepto son más fuertes. En cuanto al punto presente, hace todos los esfuerzos para destruir las respuestas que se le han dado; y luego da una refutación tan débil, y aun tan ridícula, que podemos asegurar que su ánimo sería persuadir á los lectores que nada podía contestarse con fundamen-